

UNA ARMADA SUECA PARA FELIPE II

(Extraído y adaptado del artículo del mismo título, autora Concepción Sáenz-Cambra, Revista de Historia Naval núm. 91, pp. 69-82, del IHCN).

En el último tercio del siglo XVI pocos saben que España y Suecia negociaron una alianza que podría haber dado a Suecia su supremacía en el Báltico, y a España la obtención de una gran flota con bases en el Mar del Norte con la que sofocar la revuelta en los Países Bajos.

En el siglo XIX se encontraron unas cartas en el Archivo Vaticano, con correspondencia oficial entre Felipe II y Juan III, donde se trataba la posible colaboración. Suecia atrajo la atención de la política exterior de Felipe II en la década de 1570 por su estratégica situación en el Mar del Norte y su proximidad a los por entonces <<rebeldes>> Países Bajos.

Por motivos de expansión y dominio del mar Báltico Suecia se enfrentó a Dinamarca, a Rusia y a Polonia. Pero siempre logró un control casi total sobre este mar. Aunque el sostenimiento de un ejército de tierra y una gran flota para la supremacía del Báltico eran una pesada carga para la economía del país. Necesitaba, por tanto, de ayuda extranjera, económica, política y militar.

En 1571, Guillermo de Orange –líder de los rebeldes para liberar de Holanda- solicitó la ayuda de Suecia contra España. Los embajadores suecos Pontus de la Gardie y Klaus Bielke fueron a Lubeck, en Alemania, para investigar las posibilidades de una alianza con los rebeldes holandeses contra España. Alianza que resultó fallida.

Antes de que ambos embajadores volvieran a Suecia, Juan III los envió a Bruselas para entrevistarse con Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, asignado a los Países Bajos para a sofocar la revuelta. Pontus y Bielke trataron con el embajador español con la propuesta sobre <<si los barcos de guerra suecos podrían asistir a Felipe II contra los rebeldes holandeses>>.

Alba sabía que los embajadores trataron previamente con Guillermo de Orange una alianza contra España y que, tras fracasar, Juan III los envió a acordar con él lo contrario. Por ello, informo al Rey de su desconfianza. De cualquier modo, Alba despachó a ambos embajadores con buenas palabras y asegurándoles que su propuesta había sido del agrado de Felipe quien no podía atender a sus ofrecimientos en esos momentos, pero esperaba poder colaborar con el monarca sueco.

Juan III buscó otra colaboración con otra gran potencia europea: Francia, pero fue otro fracaso. El rey sueco, más juicioso, concluyó que España era su mejor opción: no solo era la mayor potencia del momento, sino que Alba había dejado abiertas las puertas para futuras negociaciones.

Juan III pensó en el apoyo adicional del Papa. El sumo pontífice encontró la idea ventajosa y escribió inmediatamente a Felipe. El Papa buscaba la conversión del protestante Juan III al catolicismo. De esta forma quería obtener una gran victoria, real y propagandística, sobre el protestantismo en el norte de Europa.

Felipe II tardaba en contestar. Juan III volvió a intentar la colaboración con Francia y volvió a fracasar. Pertinaz este rey, volvió su atención de nuevo al plan español. Envío de nuevo a su embajador Pontus a ver al embajador de España en Roma con un proyecto de cooperación entre España y Suecia el cual esta vez incluía al Papa y al emperador Rodolfo II, del Sacro Imperio Romano Germánico. Fracasó de nuevo.

Por fin, en 1578 Felipe II mandó a su secretario Francisco de Eraso, a Suecia con órdenes claras. Como resultado Suecia proveería a España de la ayuda de 40 barcos, con municiones y vituallas para la guerra con los Países Bajos u otro frente, por una compensación económica de 200.000 escudos. Si Felipe requiriese soldados o marineros suecos, tendría que pagar un suplemento por ellos.

Eraso informó que en Suecia había cerca de 20 talleres navales, con 3000 personas en ellos. Añadió que creía posible la construcción de la armada que pedía nuestro rey y recomendaba el puerto de Älvsborg, hoy Goteborg, como futura base para esa flota en el Mar del Norte.

Felipe nunca envió una respuesta definitiva al soberano sueco. Era la época de su posible entronización como rey de Portugal tenía mayor prioridad. Portugal le daría una vasta flota por lo que no necesitaría la armada sueca. Esto llevó a Juan III a considerar sus planes fracasados y no insistiría más.

De seguir los planes de Juan III la prioridad de Felipe hubiera sido obtener una base segura en el mar del Norte, la cual podía significar el final de la rebelión de los Países Bajos y el final de la ayuda inglesa a los rebeldes. Si bien no se puede especular cuán diferente habría sido el resultado de la Gran Armada contando con una flota septentrional, sí se puede asegurar que hubiese sido muy distinto.

Felipe II mantuvo la idea de la alianza entre España y Suecia, aún a la muerte de Juan III. A partir de 1592 se volvió a interesar por una base naval en el Mar del Norte. Pero su muerte comportó un cambio radical en la política europea. Felipe III se preocupó por cerrar todos los frentes bélicos que mantenía la monarquía hispánica. La crisis económica y los consejos de su valido el Duque de Lerma promovieron una política de no confrontación con los enemigos tradicionales y de concentración en los problemas internos, política en la cual Suecia y el Mar del Norte no tenían cabida.

Capitán de Navío Eduardo Bernal González-Villegas, IHCN, Onda Pesquera de Radio España.

Resumen.

En el último tercio del siglo XVI pocos saben que España y Suecia negociaron una alianza que podría haber dado a Suecia su supremacía en el Báltico, y a España la obtención de una gran flota con bases en el Mar del Norte con la que sofocar la revuelta en los Países Bajos.



Navío sueco Vasa. Recuperado del mar en 1961